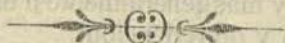


LECTURAS POPULARES.



¿Para qué sirve la Confesion?

Para salvarnos de un vicio que empieza á poseernos; para librarnos del remordimiento que nos está quitando el sueño y la paz y la alegría; para acostumbrarnos á esta difícilísima tarea de estudiar-nos y conocernos á nosotros mismos, haciéndonos examinar nuestra conciencia.

Pregúntale de qué le sirve la Confesion á ese pobre moribundo, que veia llegar lleno de terrores su última hora, y que ya aguarda con confianza y hasta con alegría.—«¿Qué poder es este de la Confesion de los católicos?» preguntaba el médico protestante M. Tissot, al ver cómo una señora católica, á quien él asistia sin esperanza de salvarla, empezó á mejorar desde el punto en que fué administrada, hasta sanar enteramente.

No ménos notables son las palabras de otro médico tambien protestante, Mr. Badel, que enseñado por sus experiencias propias, dice sin reparo que «la Confesion es útil, no sólo á los particulares, sino á la sociedad toda entera, y que es cosa que merece fijar la consideracion de todo el que se interese en el bien de la humanidad.»

¡Ah, hijo mio! ¡Ojalá que volviendo nuestra España á practicar la Religion de nuestros padres con la fe y el celo que en otros tiempos lo hizo, se restableciese en todas las familias la saludable costumbre

NÚM. 3.º—1.º DE AGOSTO DE 1858.

de confesar siquiera una vez al año para cumplir el precepto de la Iglesia! ¡Ojalá que acudiéramos con más frecuencia y más generalmente á este Sacramento de misericordia y de redencion!

¡Cuán otro seria el estado de nuestras costumbres! ¡Cuánto ganaria la paz de nuestros pueblos! ¡Cuán pronto se acabarían estos rencores y luchas políticas que nos envilecen y arruinan! ¡Cuán to y cuánto ganaríamos hasta en esos mismos bienes materiales que son hoy dia tan codiciados y buscados!



La vida de familia.

Si hay todavía felicidad en la tierra, existe sin duda en la vida de familia, en la franca y cordial amistad de los parientes, en las sencillas alegrías saboreadas á la vista de los padres ó en medio de los hijos ó de los hermanos.

La vida de familia es tan bella que, segun la divina palabra, Dios y los hombres la aman; es tan buena, que Dios mismo se sirve de ella para sus más tiernas comparaciones, porque nos ama como un padre, como una madre ama á sus hijos.

Pero por desgracia la vida de familia desaparece de entre nosotros. Ya nadie encuentra placer en su casa; ya no desea el padre hallarse entre sus hijos; ya sueñan los jóvenes con tener 18 ó 20 años para salir de la casa paterna, no creyéndose felices hasta que la abandonan.

Hay en la semana un dia á propósito para conservar la vida de familia; y es el domingo. Parece hecho expresamente para las alegrías de la familia, con su reposo, su libertad de corazon y sus rezos comunes á la vista del padre de la gran familia cristiana. Pero ¡ah! cuán duramente somos castigados por haber falseado y profanado el domingo.

En estos dias no se buscan ya en la familia los recreos y las satisfacciones, y la felicidad ha desaparecido de allí para ir á refugiarse ¿sabeis dónde? nadie puede dudarlo... para

ir á refugiarse en las tabernas y en los teatros. Allí es donde parece que se ha establecido, ora reclinada sobre un mostrador, ora sentada á una mesa ó en medio de los vapores del vino, ó á lo más en los asientos de un teatro. No puede encontrársela más que allí, porque fuera de allí es imposible entretenerse, divertirse...

Se habla de miseria, se buscan medios para aliviarla, se pregunta porqué somos tan desgraciados. ¿Lo quereis saber? Pues bien: sabed que la causa de gran parte de nuestros males consiste en el abandono de la vida de familia, y por más que hagamos, no volverá la prosperidad á la casa del jornalero y del pobre mientras no renuncie á estas detestables costumbres.

Es preciso, pues, amigos míos, restablecer esta buena y dulce vida de familia, fuente de virtudes y de prosperidad. Pero ¿quién tiene obligacion de restablecerla? El padre y, sobre todo, la madre. Madres cristianas, la casa es vuestro imperio; allí mandais, allí reinais; sea tan dulce vuestro gobierno, que todos le amen; y sin descuidar vuestras atenciones domésticas, procurad que todos estén contentos; haced que vuestro marido halle siempre la casa arreglada y la comida dispuesta; que todos los domingos tenga la ropa limpia y bien cuidada. No riñais con él delante de vuestros hijos. Y puesto que ha de tener defectos, reprendédselos en particular, porque de lo contrario perdereis mucho en respeto y autoridad. Por último, haced de manera que todos y cada uno de los de vuestra familia no pueda ménos de decir siempre: «Por más que hago, en ninguna parte me encuentro mejor que en mi casa.»

Los domingos deben tomar vuestras casas un aire de fiesta, y brillar por su limpieza extraordinaria. Preparad por vosotras mismas algunas distracciones pequeñas, puesto que son convenientes y están permitidas. Proyectad algunos paseos, y sed de la partida, porque una madre no está nunca de más entre sus hijos. Haced que una comida algo mejor que la de otros días reúna toda la familia á vuestra mesa; y si en toda la semana habeis comido pan seco, tened el domingo algun extraordinario si podeis. Lo que os prohíbo es que os incomodeis en estos días: ya regañareis en otros si es preciso. Tomad, por el contrario, vuestra dulzura de madre, la más suave que puede haber; dirigid á cada uno alguna de

esas frases que sabeis decir; haced que todos estén contentos y sean dichosos, y habreis conseguido mucho para el porvenir de vuestra familia. La esposa jóven, en particular, ha de saber aprovecharse bien del afecto que inspira para acostumbrar á su marido á que ame su casa. Para conseguirlo, no ha de tener mal humor, ni caprichos, ni cuestiones, porque obrando así, ahuyenta á su marido, y una vez alejado, es muy difícil volverle á atraer. Se dice que los hombres buscan distraccion en la taberna; pero ¿no se les ha arrojado de su casa por la aspereza de carácter, por falta de cuidados y limpieza?

Cuando, por razon de su suerte, se aleje un hijo de la casa paterna, no le pierda de vista el corazon de vosotras, que sois sus madres; y aunque no sepais más que hacer garabatos, expresadle en un papel los sentimientos de vuestro corazon, escribiéndole una de esas cartas de madre que se leen y releen diez veces con lágrimas en los ojos. ¡Ah madres! si quisiéseis, si supiéseis todo el bien que podeis hacer y todo el mal que podeis evitar! Pero para eso es preciso que os olvidéis de vosotras mismas, que os sacrifiqueis; el sacrificio, ved aquí toda vuestra gloria, toda vuestra felicidad. La madre debe decirse: yo me he consagrado, yo me he sacrificado, no me pertenezco ya, pertenezco á mi familia, y no tendré otra felicidad en la tierra más que la de proporcionársela á los demas.

¿Y qué os diré yo á vosotros, jefes de familia, á vosotros, buenos padres, pues que, aun en medio de vuestras muchas debilidades, sois todavía buenos en el fondo? Os diré que ameis vuestras casas, que encontréis placer en hallaros al lado de vuestra madre, de vuestra mujer y de vuestros hijos; que contribuyais al restablecimiento de la vida de familia.

Por el pronto, os hago la justicia de que si bien alguna vez obrais mal, por lo general sudais sangre trabajando sin cesar, como debe hacerlo todo hombre honrado; bien, muy bien. Pero habeis de ser ademas buenos padres de familia, y para eso, traed á vuestra casa la paz y el contento; no hagais jamas sufrir á vuestros hijos ni á vuestra mujer. ¡Ah, pobrecilla! Es su vida por lo regular tan dura, como que toda la carga recae sobre ella; y como si esto fuera poco, se la aumentais de cuando en cuando haciéndola llevar una doble cadena con vuestra poca indulgencia. Habreis visto alguna

vez lágrimas en sus ojos, y puede que vosotros fueseis la causa. ¿La habeis escogido para hacerla padecer? ¡Ah! no es eso lo que la habiais prometido. ¿Porqué os casásteis con ella para hacerla desgraciada? Tendrá sin duda sus defectos; pero al casaros ya sabiais que no era perfecta, y muchas veces sus imperfecciones se aumentan con las incomodidades. Convenid con ellas en que vosotros sufrireis sus defectos y ella los vuestros, seguros de que no perdereis en el cambio.

Por favor os pido, queridos amigos, que no vayais á la taberna, ó por lo ménos que sea tan de tarde en tarde, que no se pueda decir que la frecuentaís, sopena de dejar de ser *buenos padres de familia*. La taberna es la ruina de las familias y el sitio donde se pierde el dinero. Allí, á pesar de vuestros buenos propósitos, que creo sinceros, pero no permanentes, os olvidareis de vosotros mismos, y volvereis á vuestras casas... ¡pero en qué estado! Vuestras mujeres se incomodarán con razon, regañarán; vosotros os enfadareis; comenzará la discordia en la familia, y ¿quién tendrá la culpa?

Entretanto vuestros hijos, si son pequeños, llorarán; si son grandes, guardarán un profundo silencio; vereis en su frente la vergüenza, en su alma el dolor; no sabeis la pena que les causais volviendo ébrios y maltratando á su madre: y entónces, por culpa vuestra, reinará en vuestra casa la tristeza. ¡Oh! no les hagais padecer de esa manera, no les humilleis, no les condeneis á que se sonrojen de que seais su padre. ¡Pobrecillos! ya que no son ricos, ya que tienen que trabajar continuamente, que encuentren al ménos paz y contento en el seno de su familia.

Mucho se quejan hoy de los muchachos, sobre todo de los jóvenes, y con razon. Se dice que faltan al respeto á sus padres; ¿pero tienen ellos toda la culpa? Para merecer el respeto de los demas, es preciso respetarse á si propio; y ¿cómo quereis que los hijos respeten á quien viene á darles el espectáculo de la estupidez é irracionalidad, á quien colérico y beodo viene á afligir y á hacer llorar á su madre? En vez de respeto, sólo abrigan vergüenza é indignacion en su interior. — «Quisiera ser hombre robusto, decia un muchacho cuyo padre embriagado acababa de maltratar á su madre. — ¡Y porqué lo deseas? le preguntaron. ¿Será para cuidar á tu madre, para consolarla, no es verdad?—No, contestó el

muchacho apretando los puños y asomándole el furor al rostro : quisiera pegar á mi padre. » — Palabras espantosas en la boca que las pronuncia. Los hijos se cansan siempre de semejantes escenas, y apenas son grandes, van á buscar distracciones á otra parte. Entónces concluye la vida de familia; la casa es una especie de posada, donde cada uno se retira á dormir, y es bien sabido en qué vienen á parar los hijos despues.

Tened en particular mucho cuidado y desconfiad de la taberna en los domingos, porque si vais, concluireis por hacer cosas indignas, cosas que no tienen hombre. Consumireis allí el pan, la vida de lo que más quereis en el mundo. Y todavía por una infernal obcecacion se llama á esto divertirse; divertirse miéntras que en casa el padre anciano gime, la madre se desconsuela, la mujer llora, y los hijos piden tiritando á su madre el pan que no tiene. ¡Ah, queridos amigos! si hiciéseis esto, cualquiera que no os amase ni os compadeciese, os arrojaría al rostro estas terribles palabras : « ¡ Vergüenza, vergüenza sobre quien tiene valor para divertirse miéntras que su familia sufre ! ¡ Vergüenza para quien tiene valor de buscar satisfacciones mezcladas con el dolor y las lágrimas de las personas que juró amar y defender ! »

Pobres amigos, si alguna vez lo habeis hecho, es porque no lo habeis reflexionado, estoy seguro; es porque no habiais calculado la importancia de vuestros actos. No, vosotros no hubiérais tenido valor para obrar así.

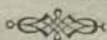
Y no digais, para excusaros, lo que alguna vez se dice. « En efecto, tengo esa debilidad... Bebo, y me embriago alguna vez ; pero no perjudico á nadie más que á mí mismo, y esto no me impide *ser hombre honrado*. » Eso no es cierto, pobres amigos; y sería fácil disputaros ese bello titulo que quereis adoptar; corregios pronto, ó perdereis vuestro honor... Porque el hombre honrado cumple con sus deberes, el hombre honrado alimenta á su mujer é hijos, el hombre honrado paga sus deudas, y jamas se expone á perjudicar á nadie en lo más mínimo. Esto es lo que hace el hombre honrado.

Es permitido, sin duda, distraerse un poco el domingo, que en parte tiene ese objeto. Es muy justo que haya tiempo para el cuerpo, como le hay para el alma; pero tambien es muy justo que no sean para uno todas las diversiones, y to-

das las penas para la otra. Despues de oir misa , si estais en disposicion de hacer algun gasto , hacedle en familia con vuestras mujeres , vuestros hijos , vuestros ancianos padres ; sed todos felices un dia al ménos ; puesto que tan rara vez os hallais reunidos , amaos un dia á la semana. ¿No podeis comer más que pan seco ? Pues bien , comedle en familia ; el cariño le sazonará , y vendrán despues las conversaciones sencillas , las historias del hogar , los desahogos del corazon materno , todas esas dulzuras que dan más felicidad que las alegrías del mundo reunidas. Esto es con verdad lo que se llama divertirse , y tambien se llama buen juicio , justicia y humanidad. Al siguiente dia volvereis con nuevo ardor á vuestro trabajo , porque nada ensancha tanto el corazon ni da tanta fuerza á los brazos , como verse rodeado de dos ó tres hijos amados.

Desde hoy , amigos queridos , es preciso que estrecheis los lazos de familia , que os unais á lo que debe seros más amado en el mundo : esa es la felicidad , ese vuestro deber. ¡ Ah ! ; cuánto más dichosos seriamos si se hubiese comprendido esto , cuánta paz hubiera habido , cuánto dinero se hubiera ahorrado , y cuántas lágrimas de ménos hubieran vertido las pobres madres ! Amigos míos , trabajar unidos , sufrir unidos y gozar unidos es toda la dicha de la familia y toda la felicidad de la vida.

(MULLOIS. *Libro de las clases obreras.*)



El labrador feliz.

Habia sembrado un labrador con gran cuidado y esmero todas sus tierras. Al ver un vecino suyo lo bien cultivadas que estaban y el vigor con que nacia los trigos , no pudo ménos de decirle :

—Amigo mio ; os doy anticipadamente la enhorabuena por la gran cosecha que vais á tener.

—Desde luego estoy persuadido que la tendré , contestó el labrador , si así fuere la voluntad de Dios.

—Muy conforme estais, á lo que decís, con lo que os pueda sobrevenir; pero habladme con sinceridad: si el granizo asolase vuestros campos, si los vientos agostasen vuestros trigos, ¿no os lamentaríais de vuestra suerte y de la pérdida de vuestro trabajo?

—Mucho me alegraría, es verdad, de ver recompensados con una buena cosecha mis afanes y sudores de todo un año; pero tambien os aseguro que aunque nada cogiese, pronto me consolaria de esta pérdida, y no por eso dejaria de bendecir á mi buen Dios.

—¿Qué es lo que estais diciendo? ¿Bendeciríais á Dios porque os habia quitado vuestra cosecha?

—¡Oh! si: sin duda alguna.

—¿Y porqué?

—Porque Dios nada hace sino por nuestro bien, y al permitir que el granizo y los vientos destruyan mis sembrados, le mueven á ello razones ocultas para mí, pero que respeto y venero. Mejor que yo sabe lo que me conviene, y mejor que vos, lo que necesitáis.

—¡Pero si perdeis vuestra cosecha quedareis reducido á la pobreza!

—¿Y qué quereis decirme con eso? Reflexionad un poco, amigo mio, y contestadme despues á lo que os voy á preguntar. Si la voluntad de Dios es que yo sea pobre, y que el granizo y el viento destruyan mis sembrados, ¿seré por ventura rico, ó haré que esos azotes se dirijan á otra parte, jurando, blasfemando y quejándome de Dios? Vamos, amigo mio, imitadme. Labremos y sembremos nuestras tierras, como es debido, y despues *hágase tu voluntad*, Dios mio, *así en la tierra como en el Cielo*.

Por todos los artículos,

José de Castro.

EDITOR RESPONSABLE: FRANCISCO DE ROBLES.

Imprenta de Tejado, á cargo de Francisco de Robles, Leganitos 47. —1858.